

Las razones de Voltaire

Escribe: GUSTAVO PAEZ ESCOBAR

—¿Hay algo más respetable que una tradición antigua?

—La razón es más antigua.

(VOLTAIRE, en "Zadig").

Fue el escritor más ágil y valiente de su tiempo. Con su pluma, un elemento de acción, mordaz y devastador, ayudó a tumbar la frívola y artificial corte de Francia y contribuyó a afianzar la libertad en una nación imbuída por el despotismo de la monarquía y la intransigencia religiosa. Espíritu inquieto y de una fuerza inagotable, estaba armado de un desconcertante don de supervivencia que le permitía sufrir, sin desmayos, cárceles y destierros. En ocasiones discurría entre monarcas y li sonjas, tentado por la pasión del mando y sus veleidades, para verse más tarde sometido a encierros penitenciarios, a huídas de la justicia y a escarnios implacables.

Lograba superar las adversidades, sin abandonar su estilo demoledor y menos el ímpetu de sus luchas, y se crecía ante la opinión pública como un monstruo que amenazaba derrumbar aquella poderosa maquinaria de privilegiados que mancillaban el sentimiento popular. Y conforme era recluso en la Bastilla para reprimir su permanente actitud crítica, o eran quemados sus libros para evitar la propagación de sus ideas, o se le desterraba para alejarlo del teatro de los acontecimientos, más se henchía su inconformidad y arremetía entonces con mayor vehemencia contra la iniquidad y el absolutismo reinantes en Francia. Unas veces sus libros eran retirados de la circulación por orden del gobierno y otras prohibidos por la Iglesia. Sus cartas filosóficas, que obtuvieron de inmediato un éxito resonante, fueron conde-

nadas por el Parlamento de París y quemada la edición. Podemos preguntarnos qué sería de la literatura y el pensamiento, y en general del mundo, si los regímenes dictatoriales, que tanto miedo tienen a los escritores por considerarlos su principal amenaza, lograran silenciarlos. El legado intelectual de Voltaire se salvó por fortuna de la voracidad de las llamas y del afán destructor de los soberanos de la época, y constituye hoy una de las conquistas más valiosas de la humanidad.

Contra los dos poderes desbordados de la Francia frenética del siglo dieciocho, el trono y el altar, aquel hombre férreo e incisivo, que no se detenía en temores y que acaudillaba la insatisfacción de los débiles, disparó sin tregua y con buena puntería sus dardos venenosos. Era peligrosa su pluma, porque estaba empuñada por un escritor fieramente combativo, por un pensador contumaz y desdeñoso, por un polemista genial. Sus mayores armas eran la agudeza, la mordacidad, el espíritu crítico, y contra ellas es muy difícil que nadie resista.

Fue el más brillante escritor del "Siglo de las Luces" y también uno de los fenómenos más extraños que haya conocido el mundo. Los intelectuales lo proclamaron como director de la Academia Francesa a su regreso triunfal al país, entre vítores y desagravios, después de uno de sus destierros. Su casa de Ferney, donde pasó sus últimos años, fue el lugar de cita de los grandes literatos de Europa.

Pocos, como él, han provocado tal cantidad de sentimientos y han dado lugar a tantas apasionadas controversias. Este "déspota ilustrado", como lo define uno de sus biógrafos, poseía una inteligencia superior, capaz de transformar cuanto estuviera a su alcance. Todo lo dominaba: la poesía, la filosofía, la política, la literatura. Y además el alto mundo, ya que no ignoraba los perfumes y las intrigas de los salones palaciegos y sabía desenvolverse en ellos con destreza. Los círculos influyentes unas veces lo halagaban y otras lo rechazaban. Era un inconfundible temor respetuoso.

Su maliciosa sonrisa, que se esparcía en el ambiente como una sustancia corrosiva, la administraba para aplastar al adversario o por lo menos prevenirlo contra sus efectos. Houdon, el magistral escultor que supo captar la expresión de célebres figuras de la época, ejecutó para la posteridad la exacta ironía de este Voltaire de mirada fogosa y penetrante, enjuiciador desde

su fortaleza espiritual de los desvíos de su generación. Este genio burlón hizo del sarcasmo un arma contundente con la que ganaba batallas y purificaba las costumbres. Con su obra gigantesca contribuyó a desalojar los vicios del sistema opresor, y si no vivió la Revolución Francesa en su pleno desarrollo, sucedida once años después de su muerte, fue su precursor más señalado.

La vida de Voltaire, apasionada y apasionante, se ha estudiado y siempre se estudiará con intenso interés. Su presencia en el mundo determina hondas reflexiones. No es el diablo anticlerical que quisieron mostrarnos en otros tiempos más prevenidos, y que incluso puede todavía subsistir en mentes ligeras, sino el crítico audaz y temible del fanatismo religioso. Era creyente, pero se oponía a la intolerancia religiosa. Y no sólo de su Iglesia, la Católica, sino de todas las religiones.

Había estudiado en un colegio de jesuitas, el cual abandonó al darse cuenta de que carecía de vocación clerical, y tampoco la tenía para las leyes, como lo buscaba su padre. Prefería ser escritor. Desde temprana edad ensayó sus primeros trabajos literarios y bien pronto conquistó celebridad. Sus poesías y sus obras teatrales le abrieron las puertas de París, unas puertas que nunca se cerraron, ni siquiera en los períodos de sus destierros, cuando, con mayor insistencia, el pueblo reclamaba su regreso. De los jesuitas, a los que fustigó en duras páginas, aprendió a ser astuto. Con "Cándido" satirizó el optimismo de Leibniz.

Se rebeló contra lo que se opusiera a la ley natural y de ahí se deriva toda su inconformidad. Lo mismo que no comulgaba con los gustos de los jesuitas, rechazaba el derroche de la corte y los desmanes de los reyes y sus ministros. En la razón y en la naturaleza apoyó todas sus tesis filosóficas y mantuvo su fe encendida en la supervivencia del planeta mediante las luces del hombre culto y virtuoso. Confiaba en los sistemas prácticos, desprovistos de misterios sobrenaturales, como camino seguro para hallar la verdad, y rechazaba las fórmulas metafísicas y arcaicas. Su moral es elemental. No era lógico para él sino el hombre pensante que supiera guiarse por la razón.

"Todos los hombres están de acuerdo con la verdad si ésta es demostrable, pero tratándose de verdades oscuras, se hallan muy divididos", es la sentencia que pone en boca de uno de sus

personajes. Esta posición no rechazaba la fe del espíritu que busca apoyarse en un principio divino, "necesario, eterno, supremo, inteligente".

Voltaire, que también tuvo miserias humanas, que practicó amores incestuosos y fue soberbio y ambicioso, es primero un genio de la humanidad. No estaría completo el hombre si no tuviera debilidades. La Iglesia, con la que nunca se reconcilió, le negó sepultura eclesiástica. Pero su sobrino Mignot, titular de la abadía de Schèleres, lo inhumó contrariando la orden de sus superiores. Años más tarde la Revolución, ejerciendo una justicia indudable, trasladó sus restos al Panteón de París, donde el mundo entero se inclina ante un genio sencillamente excepcional.